

LECTIO DIVINA

CUARTO DOMINGO DE CUARESMA

(30 de marzo 2025)

Jos 5,9. 10-12 Sal 33 2Cor 5,17-21 Lc 15,1-3. 11-13

Si hay escrutinios para los catecúmenos, entonces se leen:

1Sam 16,1. 6-7. 10-13 Sal 22 Ef 5, 8-14 Jn 9,1-41

TEMA

En la cuarta etapa del “camino cuaresmal” la liturgia nos habla de vida nueva. Tú nos dices cómo llegar. Nos invita a probarlo.

La primera lectura nos muestra al Pueblo de Dios iniciando una nueva vida en la tierra de Canaán. Atrás quedaron la esclavitud de Egipto y la desolación del desierto. Ahora, en la Tierra Prometida, Israel puede comenzar a vivir de una manera nueva, construyendo un futuro de libertad y felicidad. Es esta experiencia –de pasar de la esclavitud a la libertad, de la vida vieja a la vida nueva– la que estamos invitados a tener durante este tiempo de Cuaresma.

En el Evangelio, a través de la parábola del “padre misericordioso”, Jesús nos asegura que Dios nunca nos cerrará sus puertas: siempre nos estará esperando con los brazos abiertos, dispuesto a acogernos y reintegrarnos a su familia. “Regresar a Dios” es la opción correcta para quien quiere dar pleno sentido a su existencia.

En la segunda lectura, Pablo de Tarso, utilizando el concepto de “reconciliación”, nos recuerda que Cristo vino para vencer el egoísmo y el pecado y sanar la separación que existía entre Dios y los hombres. Aquellos que aceptan unirse a Cristo y caminar detrás de Él se reconcilian con Dios. Viven una vida nueva, la vida de hijos queridos y amados de Dios.

Josué 5, 9a. 10-12

En aquellos días, el Señor dijo a Josué: “Hoy he quitado de encima de ustedes el oprobio de Egipto”. Los israelitas acamparon en Guilgal, donde celebraron la Pascua, al atardecer del día catorce del mes, en la llanura desértica de Jericó. El día siguiente a la Pascua, comieron del fruto de la tierra, panes ázimos y granos de trigo tostados. A partir de aquel día, cesó el maná. Los israelitas ya no volvieron a tener maná, y desde aquel año comieron de los frutos que producía la tierra de Canaán.

Palabra de Dios

AMBIENTE

El Libro de Josué es una reflexión sobre la historia del Pueblo de Dios en el período desde su entrada en Canaán hasta la muerte de Josué (quizás hacia mediados del siglo XII a.C.). Describe sobre todo la conquista de la Tierra Prometida (cf. Jos 1,1-12,24) y la distribución del territorio entre las tribus (cf. Jos 13,1-21,45). Un apéndice final, probablemente escrito durante el exilio babilónico, se refiere a la despedida y muerte de Josué, así como a la noticia de una reunión general de las tribus en Siquem antes de la muerte de Josué (cf. Jos. 22:1-24:33).

En general, la preocupación de los autores de la “escuela deuteronomista” que compusieron este libro es más de carácter teológico que histórico. Por ejemplo, la conquista de la Tierra se presenta como una campaña deslumbrante y fácil en la que las doce tribus con una sola voz, bajo el liderazgo de Josué, tomaron posesión fácilmente de toda la Tierra. Pero, históricamente, las cosas no sucedieron así... El libro de los Jueces, mucho más realista, habla de una conquista lenta, difícil (cf. Jc 1) e incompleta (cf. Jc 13,1-6; 17,12-16), que no fue obra de un pueblo unido en torno a un único jefe, sino de tribus que hicieron la guerra de forma aislada. Más que describir hechos históricos, a los autores del libro les interesa afirmar el

poder de Yahvé, puesto al servicio de su Pueblo. Fue Dios –y no la capacidad militar de las tribus– quien con sus milagros ofreció a Israel la Tierra Prometida; Israel, a su vez, debe responder a este don permaneciendo fiel a la Alianza y a los mandamientos.

El texto que la liturgia nos propone como primera lectura pertenece a la primera parte del libro. Nos sitúa en Gilgal, un lugar que todavía no ha sido localizado, pero que estaría situado no muy lejos del río Jordán, al noreste de la ciudad de Jericó. Los israelitas, que venían del desierto, acababan de cruzar el río Jordán y se detuvieron en este lugar. Se acercaba la celebración de la primera Pascua en la Tierra Prometida y sólo los circuncidados podían celebrarla y participar en la comida pascual (cf. Ex 12,44.48); Por tanto, Josué ordenó que todos los miembros del pueblo que aún no habían sido circuncidados se sometieran al rito de la circuncisión (cf. Jos 5,1-8). Nuestro texto se refiere a lo que sucedió, inmediatamente después de concluido el rito, en Gilgal.

MENSAJE

Después de completado el ritual de la circuncisión, el pueblo celebró la Pascua “el día catorce del mes” de Nisán en Gilgal (v. 10). El autor de esta breve “noticia” añade que, ese día, el pueblo comió las primicias de la nueva tierra: “*panes sin levadura y espigas tostadas*” (v. 11). El maná, el alimento que Dios había dado a su pueblo durante el período del desierto, dejó de aparecer. Desde ahora en adelante, los hijos de Israel comerán los frutos de la tierra de Canaán (v. 12).

Para los hebreos que, bajo las órdenes de Josué, cruzaron el río Jordán, entrar en la Tierra Prometida fue el final feliz de un largo viaje de la esclavitud a la libertad. Detrás de ellos estaba Egipto, la tierra de explotación y sufrimiento donde el pueblo de Dios vivía sin horizontes y sin esperanza. Detrás de ellos también estaba el desierto, una tierra de privaciones y desolación, donde sólo el cuidado de Dios daba al pueblo la fuerza para sobrevivir.

Ahora comienza una nueva etapa. El gesto de Josué de ordenar la circuncisión de todos los “*nacidos en el desierto, durante el camino, después del éxodo*” (Jos 5,5), pone fin a la “vergüenza de Egipto” (v. 9), la antigua era marcada por el sufrimiento y una mentalidad de servidumbre de la que el pueblo, ni siquiera después de cruzar el Mar Rojo, logró liberarse. Pero ahora aquel pueblo que entró en la Tierra Prometida es otra generación, situada frente a una nueva realidad: es un pueblo renovado, con una mirada libre sobre su futuro y sus posibilidades. La circuncisión, signo de la alianza de Dios con Abraham y de la pertenencia al pueblo elegido (cf. Gn 17,10-11), es la reafirmación del compromiso del pueblo con Dios que lo ha conducido a esta vida nueva. La Pascua, celebrada por primera vez en la nueva tierra, es el punto de partida del nuevo camino que comienza y en el que el pueblo sigue buscando la presencia y la ayuda de Dios para descubrir el camino a seguir. El fin de la “era del maná” y la aparición de otros alimentos, frutos de la nueva tierra en la que se encuentra el pueblo, señala otra forma de vida, un nuevo tiempo, una nueva historia, una nueva esperanza.

Quizás nuestro texto no presenta la intensidad dramática y la profundidad teológica de otros textos fundamentales en la vida del Pueblo de Dios... Es, sin embargo, un texto absolutamente apropiado para este cuarto domingo de Cuaresma, en el que bautizados y catecúmenos son invitados a continuar su camino cuaresmal hacia la vida nueva. El bautismo, que algunos recuerdan (los que ya han sido bautizados) y otros tendrán en un futuro próximo (los catecúmenos), señala a todos esta nueva vida que el pueblo liberado por Dios de la esclavitud de Egipto encontró y celebró en la llanura de Jericó, cerca de Gilgal.

ACTUALIZACION

- En este tiempo de Cuaresma, estamos invitados a vivir algo similar a lo que vivió el Pueblo de Dios que acampó en Gilgal después de cruzar el río Jordán: es tiempo de dejar atrás la época de la esclavitud y comenzar a pensar y actuar de modos nuevos, fijando la mirada en horizontes más amplios que den a nuestra vida una dimensión eterna; Es hora de liberarnos de la mentalidad esclava, de visiones estrechas y egoístas, de valores que no valen nada, de apuestas que no llevan a ninguna parte, y empezar a vivir como personas libres, que caminan decididamente hacia una vida con sentido; es tiempo de que despertemos del letargo y del estancamiento en que vivimos, para asumir un papel activo en la construc-

ción del proyecto que Dios tiene para el mundo y para la humanidad. ¿Estamos dispuestos, en este tiempo de Cuaresma, a realizar este cambio?

- La circuncisión era, para los israelitas, un signo físico de pertenencia al pueblo elegido de Dios, el pueblo comprometido con una Alianza con Dios. Los profetas, sin embargo, dijeron repetidamente que la circuncisión, como rito externo, no significaba nada, ya que no garantizaba la participación y el compromiso del pueblo con Dios. En su lugar, los profetas de Israel pedían lo que llamaban «*circuncisión del corazón*» (Dt 10,16; Jer 4,4; cf. Jer 9,25): una purificación del corazón, una transformación interior, una renovación de la mente, una «conversión» que lleva al ser humano a acercarse de nuevo a Dios, a volver a escuchar a Dios, a obedecer a Dios, a caminar con Dios, a vivir según Dios. ¿Qué, en nuestra manera de vivir, pensar y actuar, necesitamos “cortar” o transformar para renovar nuestra vida y nuestra relación con Dios? ¿Qué nos impide todavía celebrar un compromiso verdadero y efectivo con Dios?

- El bautismo marcó para nosotros el momento en el que nos comprometimos con Dios y pasamos a formar parte de la familia de Dios. Ese día dijimos no a la esclavitud del egoísmo y del pecado y nos comprometimos a vivir la nueva vida de Dios. Hemos sido ungidos con el óleo de los catecúmenos y hemos recibido la fuerza de Dios para decir “no” al mal; También fuimos ungidos con el óleo crismal, que nos constituyó sacerdotes, profetas y reyes, a imagen de Jesús, miembros del pueblo de la nueva Alianza; Fuimos envueltos en una vestidura blanca y se nos pidió que permaneciéramos así, revestidos de Dios, durante todo nuestro camino; Hemos recibido la luz de Cristo y hemos sido invitados a no dejar que esta luz se apague nunca en nuestras vidas... ¿Hemos vivido en fidelidad a esta nueva vida? ¿No es la Cuaresma un tiempo propicio para renovar nuestro compromiso bautismal y volver a esa fuente de vida nueva en la que nos sumergimos el día en que fuimos bautizados?

Salmo 33

R. Haz la prueba y verás qué bueno es el Señor.

Bendeciré al Señor a todas horas,
no cesará mi boca de alabarlo.

Yo me siento orgulloso del Señor,

que se alegre su pueblo al escucharlo. R.

R. Haz la prueba y verás qué bueno es el Señor.

Proclamemos la grandeza del Señor,
y alabemos todos juntos su poder.

Cuando acudí al Señor, me hizo caso
y me libró de todos mis temores. R.

R. Haz la prueba y verás qué bueno es el Señor.

Confía en el Señor y saltarás de gusto,

jamás te sentirás decepcionado,

porque el Señor escucha el clamor de los pobres
y los libra de todas sus angustias. R.

R. Haz la prueba y verás qué bueno es el Señor.

2 Corintios 5, 17-21

Hermanos: El que vive según Cristo es una criatura nueva; para él todo lo viejo ha pasado. Ya todo es nuevo.

Todo esto proviene de Dios, que nos reconcilió consigo por medio de Cristo y que nos confirió el ministerio de la reconciliación. Porque, efectivamente, en Cristo, Dios reconcilió al mundo consigo y renunció a tomar en cuenta los pecados de los hombres, y a nosotros nos confió el mensaje de la reconciliación. Por eso, nosotros somos embajadores de Cristo, y por nuestro medio, es Dios mismo el que los exhorta a ustedes. En nombre de Cristo les pedimos que se dejen reconciliar con Dios.

Al que nunca cometió pecado, Dios lo hizo “pecado” por nosotros, para que, unidos a él, recibamos la salvación de Dios y nos volvamos justos y santos.

Palabra de Dios

AMBIENTE

La Primera Carta a los Corintios (que criticaba a algunos miembros de la comunidad por actitudes que no estaban en consonancia con los valores cristianos) provocó una reacción extrema de algunos cristianos de Corinto. Aprovechando la ocasión, algunos adversarios de Pablo (del contexto no queda claro si se trataba de los “judaizantes” que querían imponer las prácticas de la Ley a los paganos conversos, o si

eran cristianos que aceptaban la laxitud de la vida de los corintios y criticaban la severidad de Pablo) organizaron una campaña para desacreditarlo. Le acusaron de anunciar el Evangelio por intereses personales y de presentar un mensaje que no estaba en línea con la doctrina de los demás apóstoles. Pablo, informado de todo, fue apresuradamente a Corinto y tuvo un violento enfrentamiento con sus detractores. El impacto debió haber dejado huella en la comunidad. Luego Pablo fue a Éfeso.

Algún tiempo después, Tito, amigo de Pablo, buen negociador y hábil diplomático, partió hacia Corinto para calmar a los corintios e intentar la reconciliación. Pablo, sin embargo, dejó Éfeso y fue a Troas. Fue allí donde se reencontró con Tito, que regresaba de Corinto. La noticia que trajo Tito fue alentadora: la disputa había sido superada y los corintios estaban nuevamente en comunión con Pablo.

Consolado, Pablo escribe una «*carta de reconciliación*» en la que defiende con serenidad su apostolado (cf. 2 Co 1,3-7,16) y desmonta los argumentos de sus adversarios (cf. 2 Co 10,1-13,10). También incluyó en el mismo escrito algunas instrucciones relativas a una colecta para los pobres de la Iglesia de Jerusalén (cf. 2 Co 8,1-9,15). Así apareció nuestra segunda carta de Pablo a los Corintios. Estamos en los años 56/57.

El texto que se nos propone forma parte de la primera parte de la carta (cf. 2 Co 1,3-7,16). Allí, Pablo intenta aclarar algunos malentendidos con los corintios, da noticias y, lo más importante, explica qué principios han guiado siempre su acción apostólica. Lo que le mueve es el amor a Cristo. Todo lo que ha hecho con los corintios es para ayudarlos a acoger a Cristo en sus vidas.

MENSAJE

Los detractores de Pablo (predicadores de las comunidades cristianas palestinas, que en un momento dado llegaron a Corinto) consideran que él no tiene autoridad para anunciar el Evangelio, ya que ni siquiera convivió con Jesús mientras Él caminaba por Galilea y Judea anunciando el Reino de Dios. Sin embargo, Pablo se encontró con Cristo resucitado en el camino a Damasco y desde ese encuentro entregó toda su vida a Cristo. El amor de Cristo lo absorbió por completo. Pablo quiere anunciar a todos que «*Cristo murió por todos, para que los que viven ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos*» (2 Co 5,15). Vive para Cristo y para dar testimonio de Cristo.

Pablo dice esto claramente a sus hijos en Corinto. Todo lo que ha hecho —y que ha sido subestimado por quienes lo atacan— ha tenido como objetivo ayudar a los corintios a encontrar a Cristo. Él sabe que “*El que vive según Cristo es una creatura nueva*” (v.17a); y realmente quiere que los corintios estén en Cristo y se conviertan en Hombres nuevos.

Pablo explica a los corintios que detrás de todo esto hay una iniciativa de Dios (v. 18). Dios no se contentó con ver a los seres humanos elegir, día tras día, caminos de egoísmo y de pecado; Dios no se resignó a ver a los hombres inmersos en una vieja realidad que no conducía a ninguna parte; por eso les envió a su Hijo Jesús. Cristo, cumpliendo el mandato que había recibido del Padre, con su acción, con su amor extremo, con su sacrificio en la cruz, cambió la situación de los hombres. Él dio su propia vida para mostrar a los hombres el amor de Dios; e invitó a los hombres a acercarse nuevamente a Dios. Al eliminar el egoísmo y la autosuficiencia que impedían a los hombres acercarse a Dios, Cristo puso fin a la situación de ruptura entre los hombres y Dios.

Para describir lo que Cristo hizo para acercar a los hombres a Dios, Pablo usa la palabra “reconciliación” (repetida cinco veces en los versículos 18-20). Sí, hubo una situación de ruptura entre el hombre y Dios; pero por medio de Cristo esta situación fue reparada y superada. El pasado de separación entre Dios y el hombre existía, pero ya no existe. La acción de Cristo acercó nuevamente al hombre a Dios; y Dios, en su amor, no quiso echarle en cara al hombre las decisiones equivocadas que el hombre había tomado. La antigua vida quedó atrás; ahora comenzaba, para aquellos que aceptaron unirse a Cristo, una nueva realidad, una nueva vida, un nuevo tiempo (v. 17).

Pablo se convirtió, junto con los corintios, en “*embajador de Cristo*” y heraldo de esta “reconciliación”. Éste fue el mandato que recibió de Dios (v. 20). Éste será el papel que Pablo buscará desempeñar con sus amados hijos en Corinto, sin importar lo que digan aquellos que lo acusan de usurpar funciones que no le corresponden.

ACTUALIZACION

• En tiempos de Cuaresma, Pablo nos da la clave para “leer” los misterios de la fe que celebraremos dentro de unos días, en el llamado Triduo Pascual: con su vida, con su propuesta, con su entrega por todos, con su amor hasta el extremo, Cristo venció el pecado y el mal y nos enseñó a vivir en otro dinamismo, el dinamismo del amor. No fue nuestra iniciativa sino fue la iniciativa de Dios. Fue Dios quien, sin dejarse impresionar por nuestro enfado y nuestra autosuficiencia, envió a su hijo Jesús para mostrarnos cuánto nos amaba y para ofrecernos la posibilidad de superar el pasado y vivir una vida nueva. Es importante que cuando miremos la cruz de Jesús tengamos esto presente, para que podamos entender el don extraordinario que Dios nos da. Conscientes de todo esto, ¿cómo nos proponemos responder a la oferta de Dios? Tocados por el amor de Dios, tan evidente en la vida y el sacrificio de Jesús, ¿queremos superar nuestro egoísmo y orgullo para vivir reconciliados con Dios? ¿Podría el “nuevo día” de Pascua ser para nosotros un “tiempo nuevo”, el tiempo en el que vivimos “reconciliados” con Dios?

• Pablo, desde que conoció a Cristo y comprendió el sentido de su vida, de su muerte y de su resurrección, se convirtió en un “embajador” de Cristo en el mundo, un heraldo de esta obra de “reconciliación” que Cristo vino a realizar. Paulo entendió que hay propuestas tan bellas y transformadoras que no pueden ser silenciadas y olvidadas: alguien necesita anunciarlas y hacerlas explícitas para que esas propuestas cambien el mundo y la vida de los hombres. Ahora bien, la propuesta que Dios nos hizo a través de Cristo es una de ellas. Es necesario anunciarlo y testimoniarlo convenientemente para que todos puedan conocerlo y, sabiéndolo, nacer a una nueva realidad. Nosotros que hemos conocido a Cristo y nos consideramos discípulos de Cristo, como Pablo, ¿somos “embajadores de Cristo” ante nuestros hermanos? ¿Anunciamos y testimoniamos a nuestros hermanos, con toda nuestra vida, con todas nuestras fuerzas, con toda nuestra comprensión, con todo nuestro corazón, la propuesta de “reconciliación” que Cristo vino a ofrecernos?

• En este texto, Pablo habla de la “reconciliación” con Dios. No se habla explícitamente de “reconciliación” con los hermanos. Pero cuando escribe las palabras que leemos, está angustiado por el conflicto que lo separa de sus amados hijos en Corinto. Ahora, Pablo sabe que la reconciliación entre hermanos distanciados sólo será posible si, primero, estos hermanos han descubierto el amor de Dios y han aceptado vivir en el dinamismo del amor. Quien descubre el amor de Dios y vive reconciliado con Dios, se da cuenta de que debe vivir reconciliado con sus hermanos. Nosotros, que hemos sido tocados por el amor de Dios, ¿tratamos de vivir reconciliados con todos nuestros hermanos? ¿Damos testimonio del amor de Dios al vivir en paz y armonía unos con otros?

Lucas 15, 1-3. 11-32

En aquel tiempo, se acercaban a Jesús los publicanos y los pecadores para escucharlo. Por lo cual los fariseos y los escribas murmuraban entre sí: “Éste recibe a los pecadores y come con ellos”.

Jesús les dijo entonces esta parábola: “Un hombre tenía dos hijos, y el menor de ellos le dijo a su padre: ‘Padre, dame la parte de la herencia que me toca’. Y él les repartió los bienes.

No muchos días después, el hijo menor, juntando todo lo suyo, se fue a un país lejano y allá derrochó su fortuna, viviendo de una manera disoluta. Después de malgastarlo todo, sobrevino en aquella región una gran hambre y él empezó a padecer necesidad. Entonces fue a pedirle trabajo a un habitante de aquel país, el cual lo mandó a sus campos a cuidar cerdos. Tenía ganas de hartarse con las bellotas que comían los cerdos, pero no lo dejaban que se las comiera.

Se puso entonces a reflexionar y se dijo: ‘¡Cuántos trabajadores en casa de mi padre tienen pan de sobra, y yo, aquí, me estoy muriendo de hambre! Me levantaré, volveré a mi padre y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo. Recíbeme como a uno de tus trabajadores’.

Enseguida se puso en camino hacia la casa de su padre. Estaba todavía lejos, cuando su padre lo vio y se enterneció profundamente. Corrió hacia él, y echándole los brazos al cuello, lo cubrió de besos. El muchacho le dijo: ‘Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo’.

Pero el padre les dijo a sus criados: ‘¡Pronto!, traigan la túnica más rica y vístansela; pónganle un anillo en el dedo y sandalias en los pies; traigan el becerro gordo y mátenlo. Comamos y hagamos una

fiesta, porque este hijo mío estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y lo hemos encontrado'. Y empezó el banquete.

El hijo mayor estaba en el campo y al volver, cuando se acercó a la casa, oyó la música y los cantos. Entonces llamó a uno de los criados y le preguntó qué pasaba. Éste le contestó: 'Tu hermano ha regresado y tu padre mandó matar el becerro gordo, por haberlo recobrado sano y salvo'. El hermano mayor se enojó y no quería entrar.

Salió entonces el padre y le rogó que entrara; pero él replicó: '¡Hace tanto tiempo que te sirvo, sin desobedecer jamás una orden tuya, y tú no me has dado nunca ni un cabrito para comérmelo con mis amigos! Pero eso sí, viene ese hijo tuyo, que despilfarró tus bienes con malas mujeres, y tú mandas matar el becerro gordo'.

El padre repuso: 'Hijo, tú siempre estás conmigo y todo lo mío es tuyo. Pero era necesario hacer fiesta y regocijarnos, porque este hermano tuyo estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y lo hemos encontrado'". **Palabra del Señor**

AMBIENTE

Jesús, rodeado de sus discípulos, camina hacia Jerusalén. Más que un camino físico, es un camino espiritual: las "lecciones" que Jesús da a sus discípulos a cada paso los preparan para acoger y, después, dar testimonio del Reino de Dios.

Una de estas "lecciones" se refiere a cómo Dios ve a aquellos hombres y mujeres a quienes la sociedad margina y condena. Las llamadas "**parábolas de la misericordia de Dios**", contadas por Jesús, narran la solicitud de Dios por sus hijos "perdidos" (cf. Lc 15,1-32). En el escenario planteado por Lucas, estas parábolas son la respuesta de Jesús al comentario escandalizado de los escribas y fariseos: "*Éste recibe a los pecadores y come con ellos*" (Lc 15,2-3).

De hecho, la acogida que Jesús dio a personas no muy deseables fue muy comentada por los líderes religiosos judíos. En este grupo de personas desagradables estaban aquellos a quienes Lucas llama "*los pecadores*" y "*los publicanos*" (Lc 15,1). El grupo de los "pecadores" incluía a todos aquellos que desobedecían escandalosamente la Ley y llevaban una vida desordenada: usureros, estafadores, delincuentes, prostitutas. Los "publicanos" eran recaudadores de impuestos que colaboraban con los romanos en la opresión del pueblo y eran conocidos por robar a los pobres cobrándoles más de lo estipulado. Las autoridades religiosas judías los consideraban "malditos" y los colocaban fuera del alcance de la salvación. A ninguna "buena persona" le gustaba que la asociaran con esa gente. Pero Jesús tenía grandes amigos entre estos marginados y no tenía ningún problema en sentarse a la mesa con ellos. No excluía a nadie y sentía que todos eran bienvenidos en la comunidad del Reino de Dios. Esta benevolencia de Jesús hacia aquellos que estaban condenados por la moral, las buenas costumbres y la Ley era algo inaudito, escandaloso, vergonzoso, incomprensible.

La parábola que nos trae el Evangelio de este cuarto domingo de Cuaresma (Lc 15,11-32) es una de las más conocidas de Jesús. La traducción latina (la "Vulgata"), al señalar el lugar que ocupa en ella el hijo menor, un joven que derrocha la riqueza familiar en una vida disoluta, la llama la "**parábola del hijo pródigo**"; Pero los exegetas más recientes, considerando que el papel del «padre» en la parábola es central, la llaman la "**parábola del padre misericordioso**". La parábola es exclusiva de Lucas: no aparece en ningún otro evangelio.

MENSAJE

La parábola del padre misericordioso narra una historia familiar que tiene los ingredientes habituales de las historias familiares: discusiones entre padres e hijos, esfuerzos de los hijos por liberarse de la tutela de los padres, conflictos por las herencias, tensiones que ponen en peligro la unidad familiar, celos y resentimientos entre los miembros de la familia... Con todo esto, Jesús compuso una de sus parábolas más bellas.

La familia en cuestión está formada por tres personas: un padre, un hijo mayor y un hijo menor (v. 1). El hijo menor es un chico que sólo piensa en ser libre, en "disfrutar de la vida", en alejarse de esa vida reglamentada y reglamentada que tenía en casa de su padre. Para eso necesita dinero. Decide enton-

ces pedirle a su padre que le dé la parte de la herencia que le corresponde. Es una petición inusual, considerando las leyes y prácticas de la época... ¿Qué sentido tiene que un hijo pida recibir una parte de la herencia familiar cuando el padre aún vive? No debe haber sido fácil para ese padre afrontar la petición de su hijo menor. La reclamación del joven privará a la familia de parte de sus recursos económicos; significará también la ruptura de la solidaridad y de la unidad familiar... ¿Ese joven iluso no destruirá su vida y su futuro? Sin embargo, el padre procede a dividir los bienes, otorgando al hijo menor un tercio de los bienes de la familia (el hijo mayor, como primogénito, tendría derecho al resto de los bienes del padre). A pesar de la angustia que embarga su corazón, el padre respeta la libertad de su hijo y le permite seguir el camino que ha elegido.

Una vez adquiridos los bienes, el joven abandona el hogar familiar y se marcha lejos. El texto, sin entrar en detalles, dice que el joven llevó una vida disoluta y no tardó en dilapidar todas las posesiones que tenía. Los caminos que eligió y la vida sin reglas que soñó lo llevan a un callejón sin salida. Para sobrevivir, se pone al servicio de un extranjero y se convierte en pastor de cerdos, animales considerados impuros. Su degradación no podría ser mayor. Sin libertad ni dignidad, lleva una vida inhumana, entre los cerdos. Ni siquiera puedes alimentarte con la comida que comieron los cerdos. Para la mentalidad judía, no se podía caer más bajo.

En este punto, la narración se detiene para analizar los sentimientos y emociones de aquel joven... Con sus ilusiones disipadas, es consciente de que tomó una mala elección al abandonar la casa de su padre. Ahora está mucho peor que los jornaleros que trabajan para su padre, porque al menos tienen lo necesario para vivir. Dispuesto a tragarse su orgullo, plantea la posibilidad de volver a encontrarse con su padre y pedirle que lo acepte, ya no como hijo, sino como un simple jornalero. Él no sabe cómo reaccionará su padre; pero no tienes nada que perder. Él decide regresar.

Todos aquellos que escucharon la historia contada por Jesús estaban, en ese momento, esperando un reencuentro difícil, con un padre herido y enojado. ¿Su padre le cerraría la puerta? ¿Lo admitirías “a juicio”, para ver si ha aprendido la lección y realmente ha cambiado? En cualquier caso, una cosa parecía clara: aquel muchacho nunca podría volver a ocupar el lugar que antes tenía en la familia. Ese hijo había elegido, por iniciativa propia, dejar de ser hijo.

El joven estaba todavía lejos cuando su padre lo “vio”. No se trata de una indicación “inocente”: el narrador probablemente quiere decir que el padre siempre miraba el camino que había dejado su hijo, esperando verlo regresar. ¿Para qué? ¿Para cerrarle la puerta? ¿Para darle un discurso sobre decisiones estúpidas? No. Aquel padre, al ver a su hijo desde lejos, sintió que su corazón se conmovía. La palabra utilizada en la historia, el verbo griego “*splagkñdzomai*”, usualmente traducido como “tener compasión”, indica la emoción interna que sentimos cuando vemos a alguien a quien amamos mucho. De hecho, el sustantivo que resulta de esta palabra (*splágknon*) significa “seno materno”, el vientre de la madre. El verbo, entonces, sirve para expresar el amor de una madre por el niño que llevaba en su vientre. El padre de nuestra parábola, al ver regresar a su hijo, siente una “conmoción interior” – diríamos, en nuestro lenguaje, “siente que se le agita el corazón”, como una madre que abraza con ternura al hijo que ama. Es un escalofrío que resulta del amor. En este cuadro no hay espacio para la censura, para el enfado, para la ira, para las palabras amargas; cuando amas así, todo lo demás desaparece.

Lo que sigue es sólo la expresión y consecuencia de ese amor. El padre abraza a su hijo reunido y lo “cubre de besos”. Su manera de actuar, más que un comportamiento de padre, es un comportamiento de madre. No hay en este hombre ningún prejuicio contra el hijo ingrato: en su corazón sólo hay amor. Y cuando el hijo intenta explicarse, el padre ni siquiera le deja hablar: quien ama así no necesita explicaciones ni disculpas.

La escena se completa con el padre devolviendo a su hijo su dignidad como miembro de la familia: lo vistió con las mejores ropas que tenía en casa (la mejor ropa de la casa era probablemente la del propio padre); le puso un anillo en el dedo: el anillo con el sello familiar que devolvía al joven el título de hijo; Y le puso las sandalias, para que el joven anduviera como libre, y no como esclavo. De este modo, el hijo recupera su lugar como miembro pleno de la familia que había repudiado al abandonarla. La celebración que siguió –el ternero cebado, que se guardaba para ocasiones especiales, fue matado y comido– es

una expresión de la inmensa alegría que inunda el corazón del padre al tener a su hijo nuevamente a su lado.

Para terminar la parábola, necesitamos describir la reacción del hermano mayor, que siempre había permanecido al lado de su padre. Estaba enojado por la partida de su hermano y su traición a la familia. Y, a diferencia de su padre, él no había mirado atrás, al camino por donde había desaparecido su hermano, esperando verlo regresar a casa. Para él, su hermano menor había hecho su elección y había dejado de pertenecer a la familia. Había dejado de contar. Fue como si hubiera muerto.

Cuando al regresar del trabajo se da cuenta que en casa hay una fiesta y que el motivo de la fiesta es el regreso de aquel hermano que había dejado por el suelo el buen nombre de la familia, el mayor se enfurruña y se niega a entrar en la casa. Se siente indignado por lo que considera una flagrante injusticia. Le parece que la frivolidad está mejor pagada que la vida honorable y correcta que siempre ha llevado. No está de acuerdo con la “debilidad” de su padre y no quiere, con su presencia, avalar la irresponsabilidad de su hermano. El hijo mayor es un joven “correcto” y de buen comportamiento; pero en su corazón no hay amor, ni para su hermano ni para su padre. Funciona según criterios estrictos de justicia, de obligaciones severas, de retribución lógica, no según criterios de amor. Él sigue las reglas; pero no ama.

El padre –el padre en cuyo corazón hay un amor ilimitado por sus hijos– no comprende la rebelión del hijo mayor contra su hermano. Pero viene a hablar con él y, con gran cariño (lo llama “*teknon*”, “mi querido hijo”, o, literalmente, “mi pequeño”, una expresión cariñosa), intenta explicarle su modo de ver las cosas: “entiende que no pude acoger a tu hermano de otra manera, porque sigue siendo mi hijo, un hijo muy amado a quien me niego a perder; entiende que estoy muy contento de que haya vuelto a esta casa donde siempre tendrá un lugar; entiende que quiero mucho a mis hijos y que, pase lo que pase, siempre tendrán un lugar en mi casa; entiende que lo que más deseo como padre es ver a todos mis hijos sentados a la mesa familiar, compartiendo la alegría y la felicidad fraterna, en una fiesta sin fin”. No se dice si el hijo mayor aceptó y comprendió los sentimientos de su padre. Quizás el narrador dejó el final abierto para que podamos darle nuestra propia respuesta a ese padre que tanto amaba.

Ese padre lleno de amor es Dios; nosotros somos los niños. La parábola del padre misericordioso es un poema extraordinario al amor de Dios por sus hijos, por nosotros.

REFLEXION

El capítulo 15 del evangelio de Lucas está lleno de la siguiente información: “*Todos los publicanos y pecadores se acercaban para oírle a Jesús. Los fariseos y los escribas, sin embargo, murmuraban. Este hombre recibe a los pecadores y come con ellos*” (Lc 15,1- 3). E inmediatamente Lucas presenta tres parábolas entrelazadas entre sí por el mismo tema: la oveja perdida (Lc 15,4-7), la dracma perdida (Lc 15,8-10), el hijo perdido (Lc 15,11- 32). Esta última parábola es el tema del evangelio de hoy.

• **Lucas 15,11-13: La decisión del hijo menor.** Un hombre tenía dos hijos. El menor pídela parte de la heredad que le toca. El padre divide todo entre los dos. Tanto el mayor como el menor reciben su parte. Recibir la herencia no es un mérito. Es un don gratuito. La herencia de los dones de Dios está distribuida entre todos los seres humanos, tanto judíos como paganos, tanto cristianos como no cristianos. Todos reciben algo de la herencia del Padre. Pero no todos la cuidan de la misma manera. Así, el hijo menor se va lejos y gasta su herencia en una vida disipada, huyendo de su Padre. En tiempo de Lucas, el mayor representaba a las comunidades venida del judaísmo, y el menor a las comunidades venidas del paganismo. Y hoy, ¿quién es el mayor y quién el menor?

• **Lucas 15,14-19: La decepción y la voluntad de volver a casa del Padre.** La necesidad de tener que comer hace que el menor perciba su libertad y se vuelva esclavo para cuidar de los puercos. Recibe el tratamiento peor que los puercos. Esta era la condición de vida de millones de esclavos en el imperio romano en tiempo de Lucas. La situación en la que se encuentra hace que el hijo menor recuerde la casa del Padre. Hace una revisión de vida y decide volver a casa. Hasta prepara las palabras que va a decir al Padre: “*Ya no merezco ser llamado hijo tuyo. ¡Trátame como a uno de tus jornaleros!*” Jornalero, ejecuta

órdenes, cumple con la ley de la servidumbre. El hijo menor quiere ser cumplidor de la ley, como lo querían los fariseos y los publicanos en el tiempo de Jesús (Lc 15,1). Era esto lo que los misioneros de los fariseos imputaban a los paganos que se convertían al Dios de Abrahán (Mt 23,15). En el tiempo de Lucas, cristianos venidos del judaísmo consiguieron que algunos cristianos, convertidos del paganismo, se sometieran al yugo de la ley (Gál 1,6-10).

• **Lucas 15,20-24: La alegría del Padre al reencontrar al hijo menor.** La parábola dice que el hijo menor estaba todavía lejos de casa cuando el Padre ya lo vio, corrió a su encuentro y lo llenó de besos. La impresión que Jesús nos da es que el Padre se había quedado largo tiempo a la ventana mirando hacia la carretera para ver si el hijo despuntaría a lo lejos. Conforme con nuestra forma humana de pensar y de sentir, la alegría del Padre parece exagerada. Ni siquiera deja que el hijo termine las palabras que había preparado. ¡No escucha! El Padre no quiere que el hijo sea su esclavo. Quiere que sea su hijo. Esta es la gran Buena Nueva que Jesús nos trae. Túnica nueva, sandalias nuevas, anillo al dedo, carne asada, ¡fiesta! En esta alegría inmensa del reencuentro, Jesús deja transparentar la gran tristeza del Padre por la pérdida del hijo. Dios estaba muy triste, y la gente se da cuenta ahora, viendo el tamaño de la alegría del Padre cuando vuelve a encontrar al hijo. ¡Es una alegría compartida con todo el mundo en la fiesta que pide preparar!

• **Lucas 15,25-28b: La reacción del hijo mayor.** El hijo mayor volvía de su trabajo en el campo y se encuentra con la casa en fiesta. No entra. Quiere saber qué pasa. Cuando se entera de la razón de la fiesta, se llena de rabia y no quiere entrar. Cerrado en sí mismo, piensa tener su derecho. No le gusta la fiesta y no entiende la alegría del Padre. Señal de que no tenía mucha intimidad con el Padre, a pesar de vivir en la misma casa. Pues, si hubiera tenido intimidad con él, hubiera notado la inmensa tristeza del Padre por la pérdida del hijo menor y hubiera entendido su alegría por la vuelta del hijo. Quien vive muy preocupado en observar la ley de Dios, corre el peligro de alejarse de Dios. El hijo menor, a pesar de estar lejos de casa, parecía conocer al Padre mejor que el hijo mayor, que moraba con él en la misma casa. Pues el menor tuvo el valor de volver a la casa del Padre, mientras que el mayor no quiere entrar en la casa del Padre. No se da cuenta de que el Padre, sin él, perderá la alegría. Pues él también, el mayor, es hijo lo mismo que el menor.

• **Lucas 15,28a-30: La actitud del Padre y la respuesta del hijo mayor.** El padre sale de casa y suplica al hijo mayor para que entre. Pero éste contesta: *"Padre, hace tantos años que te sirvo, y jamás dejé de cumplir una orden tuya, pero nunca me has dado un cabrito para tener una fiesta con mis amigos; y ¡ahora que ha venido ese hijo tuyo, que ha devorado tu hacienda con prostitutas, has matado para él el novillo cebado!"* El mayor también quiere la fiesta y la alegría, pero sólo con los amigos. No con el hermano, ni siquiera con el padre. Ni siquiera llama al hermano menor con el nombre de hermano, ya que dice *"ese hijo tuyo"* como si no fuera su hermano. Y es él, el mayor, quien habla de prostitutas. ¡Es su malicia la que interpreta la vida del hermano menor! Cuántas veces nosotros los católicos interpretamos mal la vida y la religión de los demás. La actitud del Padre es otra. El acoge el hijo menor, pero también no quiere perder el hijo mayor. Los dos forman parte de la familia. El uno no puede excluir al otro.

• **Lucas 15,31-32: La respuesta final del Padre.** Así como el Padre no presta atención a los argumentos del hijo menor, así también no presta atención a los argumentos del hijo mayor y dice: *"Hijo, tú siempre estás conmigo, y todo lo mío es tuyo; pero convenía celebrar una fiesta y alegrarse, porque este hermano tuyo había muerto y ha vuelto a la vida, se había perdido y ¡ha sido hallado!"* ¿Será que el mayor tenía realmente conciencia de estar siempre con el Padre y de encontrar en esta presencia la causa de su alegría? La expresión del Padre *"¡Todo lo mío es tuyo!"* incluye también al hijo menor que volvió. El mayor no tiene derecho a hacer distinción. Si él quiere ser hijo del Padre, tendrá que aceptarlo, así como a él le gustaría que el Padre es. La parábola no dice cuál fue la respuesta final del hermano mayor. Esto le toca al hermano mayor, que somos todos nosotros.

- Aquel que experimenta la gratuita y sorprendente entrada del amor de Dios en su vida se alegra y quiere comunicar esta alegría a los demás. La acción salvadora de Dios es fuente de alegría: “*¡Alégrense conmigo!*” (Lc 15,6.9) Y de esta experiencia de la gratuidad de Dios nace el sentido de la fiesta y de la alegría (Lc 15,32). Al final de la parábola, el Padre manda alegrarse y hacer fiesta. La alegría queda amenazada a causa del hijo mayor que no quiere entrar. El piensa que tiene derecho a una alegría sólo con sus amigos y no quiere la alegría con todos los miembros de la misma familia humana. El representa a los que se consideran justos y observantes y piensan que no precisan conversión.

ACTUALIZACION

- Para nosotros, hombres y mujeres del siglo XX. ¿Quién es Dios? ¿Cómo vemos y entendemos esto? ¿Estamos interesados en Dios? ¿Tiene un lugar en nuestras vidas? ¿Nos perdemos algo? La parábola del padre misericordioso, contada por Jesús, es para todos aquellos que cuestionan a Dios y el papel de Dios en sus vidas. Jesús habló de Dios como un Padre, un Padre que ama a sus hijos más allá de toda medida, de todo entendimiento y de toda lógica; un padre que respeta las decisiones de sus hijos, incluso cuando toman decisiones absolutamente descabelladas; un padre que no tiene miedo de ser avergonzado y perder su “dignidad” como cabeza de familia por su amor; un padre que, cuando ve a sus hijos humillados y heridos, corre a su encuentro y los abraza con infinita ternura; un padre que no critica, ni acusa, ni castiga, ni exige explicaciones, porque está centrado sólo en amar; un padre cuyo amor regenera y proporciona a sus hijos una vida nueva y libre a cada paso; un padre cuyo deseo más profundo es sentarse con todos sus amados hijos, sin excepción, alrededor de la mesa familiar, en un banquete sin fin. En nuestra vida, llena de futilidades, de angustias, de soledades, de miedos, de amores fugaces, de apuestas fallidas, ¿no faltará un Dios capaz de mirarnos con mirada de padre y de madre, con mirada de amor?

- El “hijo menor” de la parábola, en su afán de “disfrutar de la vida”, se desliza poco a poco por un camino sin salida. Sus opciones se reducen con cada paso. En algún momento, todo lo que le queda por hacer es regresar, volver a encontrarse con su padre. En el lenguaje cristiano, este “volver al encuentro del Padre” se llama “**conversión**”. Implica un cambio de perspectiva, mentalidad, valores y actitudes; Se trata de invertir el rumbo de la propia vida, renunciar al egoísmo, al orgullo y a la autosuficiencia y volver a confiar en Dios. El tiempo de Cuaresma es un tiempo propicio para la “conversión”, para invertir el rumbo de la vida y volver a Dios. En la parábola del padre misericordioso, Jesús nos asegura que Dios nunca nos cerrará sus puertas: siempre nos estará esperando con los brazos abiertos, dispuesto a acogernos y reintegrarnos a su familia. El perdón, consecuencia del amor, es una de las manifestaciones más hermosas del ser de Dios. Nos renueva, nos regenera, nos devuelve la esperanza, nos ofrece un nuevo comienzo, nos trae la paz, nos abre las puertas de la esperanza. ¿Aceptamos, en este tiempo de Cuaresma, la experiencia pacífica de sentirnos perdonados, acogidos y abrazados por el Padre?

- El “hijo mayor” de la parábola nunca abandonó la casa de su padre. Su vida transcurre sin incidentes, trabajando las tierras familiares; cumple con sus obligaciones, obedece a su padre y nunca le da motivos para quejarse. Está claro, sin embargo, que la relación que mantiene con su padre está más marcada por el sentido del deber que por el afecto. Parece más un sirviente obediente que un hijo. Tiene un sentido muy rígido de la “justicia”. Él cree que aquellos que cumplen deben ser recompensados y aquellos que no cumplen con sus obligaciones deben ser castigados y dejados atrás. El corazón de este hijo es seco y árido. Él no conoce la misericordia, la bondad, el amor, el perdón. Por lo tanto, no comprende la “debilidad” de su padre hacia su hermano fracasado; y nunca aceptará ni perdonará las malas decisiones que tomó su hermano. ¿Conocemos a alguien así? ¿Cómo miramos a aquellos que han abandonado la comunidad cristiana? ¿Cómo hablamos de aquellos que se consideran ateos o que buscan a Dios de maneras diferentes a las nuestras? Lo que importa, en la manera como nos acercamos y tratamos a nuestros hermanos, es lo que está prescrito en las leyes, o consagrado en algún catálogo de “buenas costumbres”, o ¿es el amor, la bondad, la misericordia, la compasión?

- Las razones que llevan a alguien a cortar los lazos que le unen a su familia son muy diversas. Algunas tienen que ver con las contingencias de la vida y el curso normal de la vida; pero otras veces el “corte” resulta de situaciones de las cuales uno u otro miembro de la familia es responsable. Esto también sucede en nuestras comunidades cristianas. ¿Los hermanos que se alejan de nuestra comunidad cristiana

lo hacen siempre por conveniencia personal o por decisiones egoístas, o a veces lo hacen porque los “hermanos mayores” no supieron acogerlos y no se preocuparon por crear un ambiente fraterno? ¿Nuestro modo de vivir la religión –tan a menudo formal, vacío, legalista– no será responsable del abandono de tantos hombres y mujeres que no encuentran entre nosotros una propuesta convincente de vida? Nuestras liturgias solemnes y majestuosas, llenas de ritualismo, pompa y solemnidad, ¿no decepcionarán a muchos hermanos que no pueden encontrar a Dios en todo este aparato? Nuestras divisiones, conflictos, intrigas y envidias ¿no son un contratestimonio para tantos hombres y mujeres que ven el modo en que vivimos?

- La parábola del padre misericordioso deja algunas preguntas en el aire: si Dios es así, si Dios está siempre con los brazos abiertos para recibir a los hijos que han tomado decisiones equivocadas, ¿vale la pena ser bueno? ¿No sería más lógico “disfrutar de la vida” lo máximo posible, sin problemas de conciencia, ya que Dios todo lo perdona? De hecho, la parábola es clara: optar por la futilidad y los valores efímeros no es una buena opción. El hijo menor de la parábola se dio cuenta de esto: sus decisiones equivocadas lo llevaron a un callejón sin salida y lo dejaron con heridas casi fatales. Fue porque se dio cuenta de que el tiempo que había pasado lejos de su padre había sido una pérdida de tiempo que regresó a casa. También podemos optar por la autosuficiencia y alejarnos de Dios... ¿Es esta una buena opción? ¿No es esto una pérdida de tiempo? ¿Podemos permitirnos desperdiciar nuestras cortas vidas en caminos que no nos llevan a ninguna parte?